

EN UN RINCÓN SUBURBANO

De acuerdo con Ortega, es posible afirmar que la vida humana es substancialmente un diálogo, uno de cuyos interlocutores es el hombre mismo, y el otro, locuazmente mudo, su contorno. Como un paisaje de perspectiva infinita, el mundo se extiende ante nosotros multiplicando, desde su aparente hieratismo, innumerables interrogantes y sugiriendo innumerables respuestas. En el secreto corazón de cada cosa parece esconderse irónicamente un enigma, y, más secretamente oculta aún, su réplica. "Quedé desfallecido escudriñando la realidad", afirma Sócrates en el Fedro de Platón. Y el mismo Platón decía de los filósofos que eran "filotheamones", amigos de mirar, afirmando, en otra parte, que *"el goce que procura el espectáculo de la realidad es cosa que no puede gustar sino el amante de la sabiduría"*. Miremos, pues con visión límpida, transportándonos, a través de la mirada, desde nuestra alma hasta las cosas. Ellas parecen hacer amigables llamados a nuestra atención. Nuestra mirada puede acariciarlas casi voluptuosamente y apresar algunos de sus secretos.

Estas reflexiones me asaltan mientras, camino, sólo, por un rincón suburbano de Montevideo. Es esa hora crepuscular en que los objetos no quedan todavía en un puro perfil - que los hace fantasmas de si mismos - pero en que ya los tonos de sus colores se van atenuando. Unos árboles, al fondo, levantan como melancólicas cabezas sus follajes. Sobre ellos cae lentamente el azul apagado del cielo. Un pájaro cruza silencioso ese aire sereno y abatido. Hacia un costado y en un último plano, la calle hace una graciosa curva, como tomando velocidad para perderse en una lejanía desconocida. Cercana, cubierta de cansadas enredaderas, una vestusta casona descascarada, se inmoviliza en el tiempo, con un ademán perentoriamente claudicante. La casa parece inmovilizada en el tiempo, pero el tiempo mismo parece haberse detenido, absorto en toda esta plácida

inmovilidad. Se siente como si todo soltara un viejo aroma, un velado, conmovedor, aire poético. La propia vida se remansa en este tiempo inmovilizado; en esta vetustez de la casa, que impresiona como si poseyera un alma vieja y sabia; en las copas de los árboles perfiladas en un azul que lentamente se va obscureciendo. En un primer momento, el paisaje parece invitar para que todo, con una sensualidad sin malicia, sea gozado - digamos así - instrumentalmente. La fronda de los árboles es como un cobijo; bajo ellas, un lozano pasto verde invita a recostarse en él, a palparlo voluptuosamente mientras dejamos correr nuestra vida con un ritmo despacioso de arroyo. Es esta, nuestra visión utilitaria del paisaje. Pero si nos recostamos en ese pasto, sobrevendrá un segundo momento. Lentamente nos irá ganando la sensación de que ya no nos vivimos a nosotros mismos, sino que vivimos la callada vida de las cosas. Ocurre a veces, en la gestación, que la pulsación del corazón materno y la del futuro niño se acompañan y ya no se distinguen entre sí. Son una sola vida y dos cuerpos, atravesados por una misma sangre con idéntico pulso. Cuando el paisaje nos apresa, así ocurre en nosotros. Nuestro yo parece disolverse en las cosas. El corazón late con el mismo ritmo que el corazón de ellas. Auscultamos sus latidos, fundiendo nuestra sangre espiritual con esas secretas palpitations. El alma de la vetusta casa, de las melancólicas cabezas de los árboles, del azul del cielo que es ahora como el trémolo de una música sin sonido, no se distinguen ya de nuestra propia alma. Es esta, nuestra visión contemplativa del paisaje. Pero de pronto, nuestra conciencia toma distancia ante él y lo penetra como un delicado bisturí. Huyen del paisaje, entonces, las pequeñas saetas aisladas de poesía que lo atravesaban. Se percibe que la vieja casa es en sí misma fea; que los árboles, acacias, laureles, naranjos, no atraerían nuestra atención en otro momento; el cielo vuelve a ser una masa de aire indiferente. Es esta, nuestra visión reflexiva del paisaje.

Cada uno de esos tres instantes nos ha procurado un conocimiento dispar, y caracterizado por diferente signo, de la realidad, haciéndonos palpar un costado distinto de ella. El instante utilitario proporciona un conocimiento

limpiamente sensual de los objetos, nos enseña lo que éstos tienen de manuable, de aprehensible corporal y sensitivamente. El instante contemplativo, visión de cercanía, pareciera conducirnos directamente al alma de las cosas, a lo que ellos tienen de animación interna. El instante reflexivo, visión a distancia, nos da conceptos de la realidad, haciéndonos saltar de la sensible superficie y de los perfiles de las cosas. Cada una de estas tres formas de conocimiento es necesaria y, rigurosamente, se relacionan entre sí. Pero ahora, la quieta serenidad de este rincón montevideano, que me entrega apaciblemente su encanto, me induce a detener el pensamiento en la consideración del segundo instante. "Un paisaje en un estado de alma", escribió Amiel, y Byron dijo que era "un estado de conciencia". Estado de alma o de conciencia, estas humildes cosas que me rodean - casona vetusta, árboles, callecita - se religan ahora, cordial y misteriosamente, a mi vida, mientras camino.

Este religamiento cordial con nuestro contorno, en que consiste la contemplación, es simultáneamente una actitud receptiva y creadora. En la contemplación los objetos acrecientan nuestra vida interior a la vez que nosotros acrecentamos la vida de las cosas. Ellas y nuestra alma se comportan como vasos comunicantes. Ocurre como si las fronteras entre espíritu y naturaleza desaparecieran, pero sin distanciarnos ni del uno ni de la otra, sino mediante una espiritualización de la naturaleza y una naturalización del espíritu. Mientras contemplo aquellas cabezas inmóviles de los árboles siento que ellas y yo flotamos ingravidos en un aire ausente. Pero, ¿cómo se opera este mutuo trasvasarse y transmutarse entre espíritu y naturaleza? En la contemplación, dije antes, pareciera que llegamos directamente al alma de las cosas. Mas, ¿qué alma es esa que sentimos en las cosas inanimadas? Dicho con brevedad: es nuestra propia alma, es el reflejo de nuestra alma en ellas. Así, pues, esa poesía que derrama la tarde y el quieto conjunto del cielo, los árboles, la casona, vetusta proviene de nosotros. Toda esa quieta realidad es para el alma un espejo. Todas esas cosas son catalizadoras de sentimientos. Es en este sentido que podemos hablar de un acrecentamiento de la vida de las cosas en la contem-

plación: hemos acrecentado esa vida con nuestra propia emoción. Pero en la contemplación los objetos operan - ya lo he dicho - un crecimiento emocional en nosotros. Los objetos no se agotan en esa función de resonadores o receptáculos donde se aloja nuestra alma. Para que el sentimiento contemplativo sea auténtico, es necesario un espontáneo acatamiento del alma a los valores de los objetos contemplados. Sin ese acatamiento nuestra emoción quedaría reducida a un mero hedonismo que desplazaría al alma de la contemplación: no contemplaríamos ya; sino que nos contemplaríamos, en una especie de auto-devoración espiritual. En este sentido, pues, son los objetos los que reproducen el acrecentamiento de nuestra vida interior. Esta mutua fecundación entre el alma y las cosas es la que engendra la poesía de la realidad. La poesía, "poiesis", decían los griegos, de "poieo", crear, engendrar. El encanto poético de ese trino que oigo ahora, salta como un destello de la conjunción de mi alma, que lo capta a través de algún sensitivo oído, y "eso" que por sí sólo sería no más que una vibración del aire. Pero ese encanto es una creación común de ambos. En la contemplación, digámoslo una vez más, tocamos el "alma" de las cosas porque las cosas nos hacen misteriosas señas y, en su mudez, tienen secretas voces que nos llegan al alma.

Aquel trino de pájaro, recogido por algún sensitivo oído interior, ha llenado con su rápida vibración iridiscente, todo el ámbito de la tarde: ha resonado en lo alto, en lo bajo, a lo lejos, en lo hondo. Como desde un eco interior, la memoria ha respondido a aquel trino con el recuerdo de otros: gritos de bicho-feo escuchados en la infancia, en los atardeceres, sobre las márgenes del Santa Lucía. En su quietud contemplativa, el alma se va llenando de cosas lejanas. Percibo entonces que en ese acto contemplativo de aprehender el alma de esta tarde y estas cosas, interviene toda mi vida, y que, aunque sin tener clara conciencia, de algún modo se actualiza en mi todo mi pasado. Aún más: esta quietud, paradójicamente, sensibiliza la percepción de la vida en su avance hacia el futuro. La vetusta casona parece reflejar ahora el recuerdo de alguna sensación deliciosamente empavorecida de mi infancia, al mismo tiempo que, presente ante mí, me dice algo de su vi-

da moribunda. El leve cambio del azul del cielo es un vago gesto del tiempo que transcurre. En la contemplación vivimos, pues, en su plenitud la vida espiritual. Carece de esa instantaneidad que caracteriza al goce sanamente voluptuoso, pero corporal, de los objetos. No obliga a esa especie de reabsorción de la conciencia sobre sí misma, que establece esa distancia entre ella y los objetos, necesaria para el conocimiento reflexivo de los mismos. En la contemplación conocemos a las cosas en nosotros y a nosotros en las cosas y a la vez es como si todos - ellas y nosotros - fuéramos, a la manera de mónadas leibnizianas, espejos y resumen del universo entero. Pero sentimos, en la contemplación, que, contrariamente a esas mónadas, cada cosa no se convierte en un cerrado recinto "sin ventanas hacia afuera", donde cada una se recluya solitaria, sino que todo entra en vibrantes relaciones. Este cielo azul que desciende sobre las copas de los árboles, crece al mismo tiempo desde ellos hacia el infinito; este cielo azul es también un mar, un mar de aire, que asociamos por instante al otro, al de "innumerables murmullos"; este cielo azul, mar silencioso, nos hace sentir la paz, en estos momentos, de nuestros mares interiores. Y toda esta calma, que hace del mundo un éxtasis, va cerniendo lentamente sobre todas las cosas lo inefable. Al fondo del paisaje infinito del cielo, y también en la pequeñez de este rincón montevideano, se siente una presencia divina.

El mundo, dije al comenzar estas reflexiones, se extiende ante nosotros como un paisaje de perspectiva infinita. En un primer plano, se ubica nuestro contorno inmediato; más lejanas, pero no menos actuantes, se inscriben conmovedoras las cuestiones últimas: Dios, la vida, la muerte. Quien se acostumbra a contemplar lo próximo se prepara para "contemplar" lo invisible lejano. No es posible responder al llamado de las cosas sin que de algún modo actúen esas últimas cuestiones; no es posible plantear éstas, sin sentir que hasta lo más humilde queda comprometido en nuestra réplica. Tocar al mundo en cualquiera de sus puntos es hacerlo revibrar todo entero del mismo modo que resuena la campana entera y no sólo el sitio donde la hemos golpeado. Podemos elevarnos dialécticamente desde el misterio que encierra la vida de una hormiga hasta el pro-

blema de Dios, y desde éste, descender hasta el encanto del vuelo de aquel pájaro. En el acto de contemplar, esa doble impulsión ascendente y descendente se siente como algo "salido" espontáneamente, no hecha por concepciones. En ese estado en que destilamos nuestra vida sobre las cosas para reabsorberlas en nosotros, sentimos como algo concreto, jugoso como un fruto, esa relación entre lo lejano y lo cercano. Las cosas toman el tamaño del universo, el universo se radica en las cosas. Por esto, mientras la noche cae sobre este rincón montevideano y yo me alejo, pienso que la contemplación de estas cosas cercanas y que deben sernos tan queridas, puede ser el gran camino para alcanzar nuestra autenticidad, individual y colectiva. Desde ellas, podremos ser universales radicados, y seres radicados sin anteojeras para lo universal. No cegaremos, en nuestra vida ninguna de sus fuentes. Así parecen decirlo en su lejano parpadear - guiñadas siderales - las estrellas. -

Arturo Sergio Visca.

